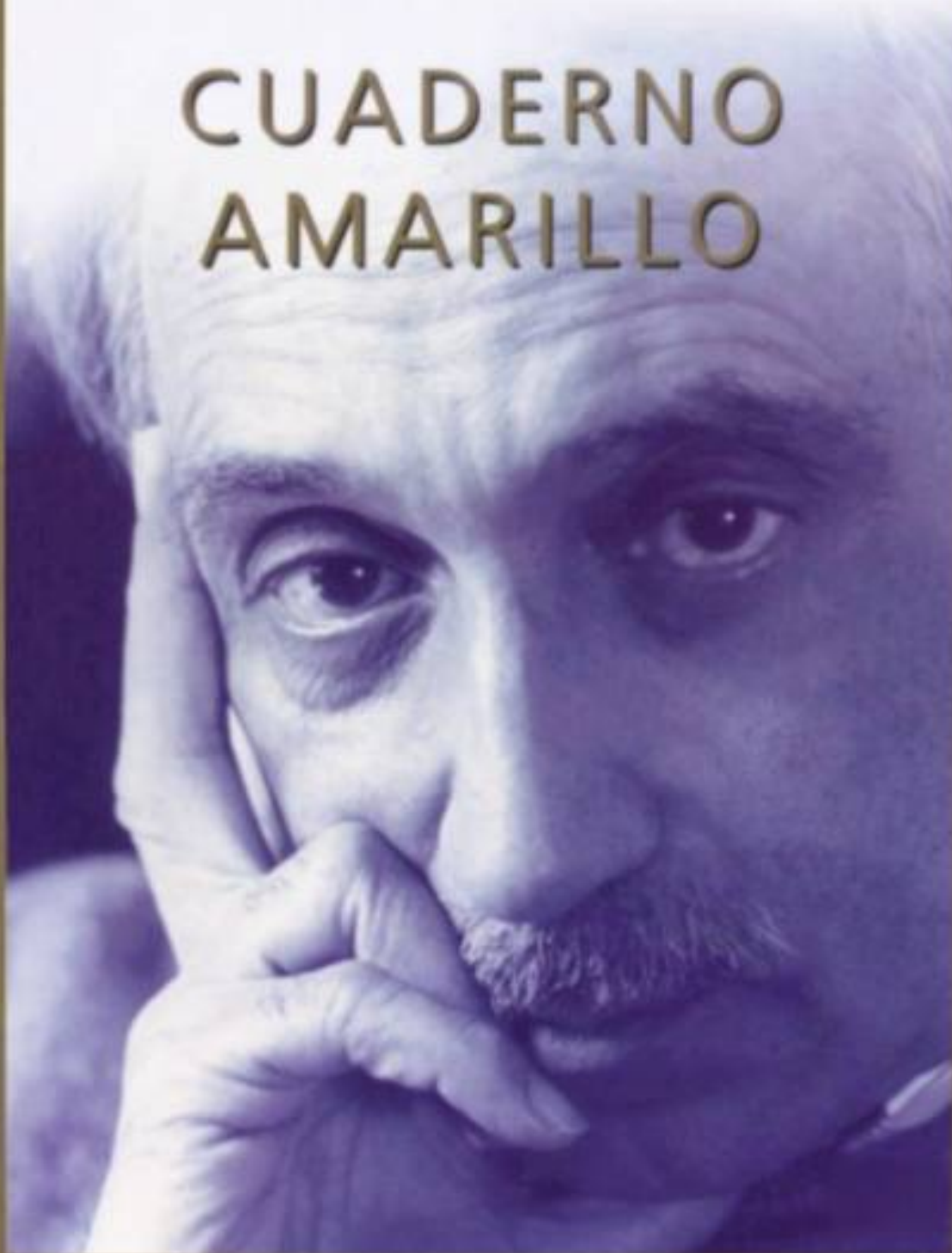


SALVADOR PÁNIKER

CUADERNO
AMARILLO



Primer volumen de los diarios de Salvador Pániker. Un testimonio personalísimo, ameno y profundo, que carece de precedentes en nuestra tradición memorialista. Mezclando la anécdota con la categoría, las vivencias más íntimas con la crónica personal y social, Salvador Pániker expone en las páginas de este *Cuaderno amarillo* una nueva visión del mundo y de la vida, de la religión y el amor, de la ciencia y el arte, de la moral, la literatura, la política, la música; de la sexualidad y las relaciones entre hombre y mujer; del oficio de escribir; de la interfecundación entre Oriente y Occidente. En un momento dado, aparece en el texto una historia de amor (que enlaza con el final de otra) que el autor va desarrollando de manera detallada e intimista, conduciendo hasta el límite la confesión y la autocrítica. Con un estilo brillante, vivaz y sincopado, este libro compendia la filosofía de su autor, ofreciendo una verdadera *paideia*, una enseñanza fascinante sobre el arte de vivir.

NOTA PRELIMINAR

Llevo un diario desde que era adolescente, o sea que dispongo de un cierto material acumulado. Hoy me decido por la publicación de los apuntamientos más recientes, aunque no de todos, y no sin retocar más de un pasaje. Ello es que la literatura —también la cortesía— conlleva unas exigencias. Con todo, lo transcrito se parece bastante al original, mayormente en la música, el ritmo hecho de yuxtaposiciones que reflejan (creo) la dispersión de mi fluir mental y el desequilibrio de mi sistema neurovegetativo.

Según se mire, éste es un libro de ensayo con intercalados anecdóticos. También la viceversa. A medida que seleccionaba páginas iba teniendo la impresión —y el estímulo— de estar construyendo una cierta escultura, una cierta *paideia*. Mi filosofía de la vida, por decirlo llanamente. En un momento dado aparece en el texto una historia de amor (que enlaza con el final de otra historia de amor). La he conservado, esa historia, venciendo algunos escrúpulos, tampoco demasiados. El concepto de lo íntimo —es decir, de lo secreto— es muy relativo, amén de subjetivo y cultural. A mi juicio, más escabroso que la historia de amor es el tema de mis escauceos con la trascendencia.

Los fragmentos aquí seleccionados corresponden al período que va de enero de 1993 a diciembre de 1994.

Lo de *Cuaderno amarillo* tiene un origen estrictamente casual: las carpetas en que fui archivando la parte publicable de mis diarios tenían las tapas amarillas. Después pensé que el amarillo es color indo/mediterráneo, lo cual me pareció apropiado.

1993

6 de enero

Pues tampoco ha sido un mal año, para mí, el 92. Saqué un libro, *Filosofía y mística*, que creo que tiene su mérito, mantuve la presión sanguínea en la zona fronteriza del 14-9, contraté a una buena cocinera, le compré a La Caixa su paquete de acciones de EK, me salvé del naufragio de EP, subió la aceptación social en el tema de la eutanasia... Sólo una sombra —aunque de calibre— en este panorama razonablemente equilibrado, y no voy ahora a hablar de ello.

Estamos a miércoles, día 6, enero de 1993, nacimiento de la Europa sin fronteras, libre circulación de mercancías, capitales y servicios (todavía no de las personas). Barcelona a dos grados de temperatura (en el termómetro de mi ventana). Barbara (alias BK) está resfriada: me lo explica ella misma por teléfono con su extraña jerga angloespañola. Barbara se parece en esto a los chicanos de Norteamérica que practican el «code-switching», piensan en dos lenguas diferentes y cambian de una a otra a mitad de frase. Me da tristeza la relación congelada con Barbara, el inevitable desenlace de algo que fuera tan hermoso y tan real.

Miércoles día 6, digo, escuchando a Ivo Pogorelich que interpreta a Domenico Scarlatti casi como si de un músico de *jazz* se tratase (lo cual se me antoja atinado: hay una vitalidad, una mezcla de cosa instintiva y perfección técnica, en esas sonatas de Scarlatti, que las hacen enormemente modernas; y viceversa, que descubren lo muy antiguo que es el *jazz*, un hilo genealógico que incluye a Chopin, al Chopin de las *Mazurkas* como mínimo); escuchando a Scarlatti, repito, inauguro esta mañana de Día de Reyes. Ha fallecido Juan Benet, víctima de un tumor cerebral, creo. Benet tenía mis mismos años y alguna vez se nos citaba juntos como ejemplo de «ingenieros-escritores». Benet era un tipo muy reconcentrado, *tough minded*; tenía prestigio en los cenáculos, pero sus libros vanguardistas eran más bien ilegibles. Torcía/violentaba las frases; quería ser sarcástico, y a veces lo era. Sus artículos podían ser muy buenos o muy injustos. En sus últimas obras se fue desprendiendo del hermetismo. Yo apenas le traté. En fin, ha muerto.

Suena ahora la K.119 en re mayor que es un prodigio de modernidad e inteligencia, con sus inverosímiles disonancias, su ritmo casi acrobático, su permanente sorpresa. (La K. es del catálogo de Ralph Kirkpatrick, y Pogorelich está exultante).

(Advertencia: Pogorelich es un pianista que generalmente no me engancha; tiene más técnica que espíritu, es manierista y desarticulador, y me parece detestable interpretando a Chopin; pero aquí, con Scarlatti, ha dado plenamente en la diana. Debo añadir que me ocurre algo parecido con otros grandes intérpretes. Así, se me antoja insuperable la nitidez de Glenn Gould en las *Variaciones Goldberg*, pero esta misma nitidez se vuelve en su contra cuando interpreta —insoportablemente— el *Clavecín bien temperado*).

9 de enero

Llaman los de la revista *El Ciervo* para pedirme una autocrítica de mi libro sobre los griegos. De acuerdo, se la enviaré.

Un escritor, un filósofo en este caso, saca a la luz un libro. Después toca promocionarlo. «¿Qué se ha propuesto usted al escribir este libro?». «Pues no me he propuesto nada; un libro mínimamente solvente se escribe a sí mismo». (Quiere decirse que escribir —como ya enseñara Roland Barthes— es un verbo intransitivo, y que la disociación autor/obra debe superarse). El periodista (hay excepciones) no atiende, no entiende; a saber lo que transcribirá. (Una vez formulé el llamado Principio de Pániker para las entrevistas de prensa; dice así: «toda persona entrevistada acaba reducida a los límites mentales de su entrevistador»). Pues bien, la fórmula de *El Ciervo* es más fiable: que el autor se autoexplique. Pero obliga a un enojoso ejercicio de redundancia: lo que uno tiene que decir sobre su propio libro es el libro mismo.

11 de enero

Sigo con lo del *Manifiesto* de artistas e intelectuales en favor del Derecho a Morir Dignamente. Cuento ya con casi un centenar de adhesiones. Los últimos fichajes han sido: Carlos Castilla del Pino, Santi Dexeus, Núria Espert, Fernando Savater, Joan Manuel Serrat, Pilar Miró, Terenci Moix. A todos les voy llamando por teléfono y todos dan su respuesta, en algunos casos entusiasta. Las más fervorosas han sido Núria Espert y Pilar Miró. El más radical, José Agustín Goytisolo: «Sí, hombre, sí, yo estoy lisa y llanamente en favor del derecho al suicidio». Contrasta, por cierto, la cordialidad madrileña con el laconismo catalán. Carmen Rico Go-

doy, por ejemplo: «Hombre, Pániker, no sabes cuánto me han gustado tus últimos libros; claro que te firmo el *Manifiesto*». Joaquín Estefanía, director de *El País*: «Vuestra lucha es nuestra lucha; la próxima vez que pases por Madrid, llámame y comemos juntos». Fernando Fernán Gómez: «Gracias, Salvador, por acordarte de este viejo». En abierto contraste, Vázquez Montalbán se limita a decir: «De acuerdo».

El texto del *Manifiesto* es el siguiente:

Con motivo de la elaboración de un nuevo Código Penal, los abajo firmantes pedimos al Parlamento Español que, en base al respeto a la libre voluntad de aquellos enfermos que se hallen en situación irreversible de sufrimiento o dolor, y al precepto constitucional que prohíbe los tratos inhumanos y degradantes, se autorice la ayuda a morir de forma indolora a quienes así lo hayan solicitado de manera expresa y reiterada, desde su plena capacidad jurídica y debidamente informados de su estado clínico. Pensamos que un Código Penal que respete el derecho humano a decidir sobre la propia muerte, contribuirá a establecer una sociedad más pluralista y justa.

19 de enero

Paco Umbral ha publicado mil columnas en *El Mundo*, y Manuel Hidalgo me ha pedido un artículo para glosar el acontecimiento. También se lo ha pedido a Gimferrer y a Valverde. Le digo que OK. Nada como un artículo de encargo para sacudirse la desidia y afinar el instrumento. Los grandes músicos escribían siempre por encargo. Ahora escucho una vieja casete que contiene una obra de Ch. Ravier, *Les chemins*, y un cuarteto de Tibor Harsany, y una larga pieza de *free jazz* (Festival d'Avignon, 1973). Son músi-

cas que no figuran en los catálogos de discos, músicas extraordinarias que permiten asomarse «al otro lado de las cosas». Les hablaré de eso a los invitados de la *Tabla redonda*, pasado mañana en Madrid; les diré que es hora de rescatar la sensibilidad religiosa del ridículo monopolio de curas y brahmanes, burócratas sin arte y sin misterio, etcétera. Les diré que me contentaría con que quedase clara una idea, a saber, que hay personas que nos hemos dado de baja de toda institución religiosa no por falta de sensibilidad religiosa (que también es sensibilidad metafísica), sino por exceso de ella. Les diré que por la vía del asombro, lo sagrado vive.

Lo sagrado, del latín *sacer*, y más lejanamente, del radical *sak*, es lo que está «separado», lo que delimita —con cierta inevitable violencia— el espacio *fanum* del *profanum*, lo que le da profundidad a la mirada y no permite que el mundo sea un espacio plano. Lo sagrado es lo real, también lo «totalmente otro» (*ganz andere*), a la vez fascinante y terrible. Lo que antaño nos venía de la mano de los mitos. Hoy los mitos parecen bastante anémicos. La gente dice: «eso es maravilloso», pero de maravilloso nada. En Occidente, ya ni los viejos mitos literarios parecen tenerse en pie. ¿Qué se hizo del santo Grial, de Tristán, de Fausto, de Don Juan? ¿De qué hablan los novelistas? Los medios de comunicación se ocupan de estrictas insignificancias. Las nuevas mitologías arrancan de la publicidad y la moda (Barthes). Pero quizá toda esta tierra baldía sea un lugar propicio para que cada cual pueda producir sus propias leyendas, segregar su propia novela.

Es cierto que en la tradición occidental, Prometeo, Edipo, Ulises, los Atridas, Hermes, Dioniso perviven bajo nuevos disfraces, conservan una cierta vigencia subterránea. También Fausto y Don Juan, Tristán e Isolda. E, incluso, prototipos más antiguos. Así, Mircea Eliade ha señalado la analo-

gía entre la mitología australiana —el héroe que camina y camina, dejando las huellas de su paso— y el *Ulises* de Joyce, donde Bloom y Dedalus no hacen más que caminar, pararse aquí y allá, dialogar, beber cerveza. La cuestión es: ¿no está todo ese arsenal de mitos muy exhausto? ¿No es precisamente *Ulises* un canto del cisne? Y además, ¿quién ha leído entero el *Ulises*?

A señalar, en cambio, la fertilidad mítica de la ciencia. Albert Einstein consumió los últimos años de su vida persiguiendo la teoría que unificara mecánica cuántica con relatividad general: era su santo Grial. Sí, nuevos mitos y nuevas metáforas proceden hoy del campo de la ciencia, un campo progresivamente ambiguo y misterioso. El citado Albert Einstein solía decir que lo más incomprensible del universo era que fuese comprensible; Steven Weinberg estableció una oportuna corrección: cuanto más comprensible parece el universo, tanto más sin sentido resulta también.

Sin sentido, estimulante, extraño, mágico. Sucede que todo es improbable. Somos los supervivientes del descomunal holocausto que siguió al Big Bang, cuando casi la totalidad de la materia se aniquiló con su correspondiente antimateria. Hubo entonces un momento en que prácticamente todo era luz; la materia, residual, era apenas una despreciable contaminación de la luz (en términos cuantitativos, la proporción entre partículas nucleares y fotones era de 1/1 000 000 000). Sabemos también que el espacio vacío del universo no está tan vacío como parece, sino poblado por unas partículas subatómicas, efímeras y virtuales, que emergen de la nada y retornan a la nada. Como si dijéramos: también en el vacío hay energía —una metáfora muy budista—. Hay energía en cada efímero y eterno presente, donde todo nace y muere.

Y mucho más que nos sugiere la ciencia en su proceso inacabable de indagación y de tanteo. Autopoiesis, teoría del caos, agujeros negros... Hallazgos que se convierten en metáforas. Metáforas que alimentan mitos. Mitos mucho

más vivos (y fantasiosos) que las historias de san Jorge y el dragón.

Tocante a Paco Umbral, se me pide que reflexione sobre su condición de columnista, y yo cavilo que da igual la aproximación; cualquier visión de Umbral acaba siempre en lo literario. Lo explicaba él mismo hace años: «La literatura en mí no es artificio; es la expresión natural de mi propio ser». Perfectamente. Pero ¿qué es literatura? Y ahí es donde yo pienso que la estética de Umbral no es otra que la de los formalistas rusos. Los formalistas rusos aparecieron en Rusia en los tiempos que precedieron a la Revolución bolchevique, brillaron luego en los años veinte, y finalmente Stalin los redujo a silencio. Precursores del Círculo de Praga y del estructuralismo, los formalistas revolucionaron la visión del texto literario. Escribe Roman Jakobson que la literatura es una «violencia organizada que se ejerce sobre el lenguaje ordinario». Quiere decirse que, en contra de las doctrinas esotéricas de los simbolistas, la literatura no es ninguna cosa pseudomística, tampoco tiene que ver con la sociología o la psicología; la literatura es, ante todo, una organización específica del lenguaje.

Y esto es, exactamente, lo que piensa Umbral.

Y por esto, el riesgo de Umbral es que se embarque en piruetas formales excesivas, que se ponga a escribir con insolencia sobre asuntos que apenas le conciernen, en cuyo caso le sale un discurso brillante, pero artificioso —la escritura demasiado rápida, un cierto manierismo de sí mismo—. Su prosa, en cambio, se hace poderosa, real y extraordinaria cuando aborda temas que le atañen: tema autobiográfico (diarios y memorias), o de su hijo muerto, o de su madre, o de Madrid, o incluso de crítica literaria (estudios sobre otros autores)...

En todo caso, y como él mismo explica, el Umbral literato y el Umbral ser humano son lo mismo. Y por esta razón

Umbral escribe diariamente, porque necesita reinventar diariamente la inverosímil llama del vivir. Es su manera de tenerse en pie. Y, encima, de ganarse el pan. «Escribir es levantar una escultura léxica con palabras, y el que no tenga palabras, o sólo las tenga tópicas, que lo deje». Y el día en que Umbral no pueda levantar esculturas léxicas, tendrá que suicidarse.

22 de enero

Juraría que he asumido por fin al personaje, el ceremonial del personaje, la máscara social, ese condenado nombre de pila mío. Ha sido un proceso lento —ha durado medio siglo— rematado esta mañana por la voz profesional del conserje del hotel: «Buenos días, don Salvador». Y yo, por una vez, no he sentido la extrañeza de un nombre que no me va y que no me gusta, por una vez he pensado: «Pues qué caray, sí soy don Salvador». Más de treinta años viniendo al Palace de Madrid y, finalmente, ya digo, el conserje me reconcilia con mi nombre, la deferencia automática del hombre uniformado consigue que me sienta casi a mis anchas: en Cataluña es diferente, pero aquí en Madrid soy don Salvador. Quizá no sea Salvador, pero sí don Salvador. No le demos ya más vueltas. Lo asumo. Asumo la dignidad de tantos años de andar por ahí, debidamente trajeado, con un currículum de respetabilidad, unas apariencias bien llevadas, la identidad nominal, una cierta silueta, la prosopeya castellana, el *don*, del latín *dominus*, ese disfraz tan relajante; asumo el estatus, el prestigio y el honor, lo que Pierre Bourdieu llamaría capital simbólico, el reconocimiento social, la credibilidad, el carisma, Don Salvador.

Descafeinada sesión televisiva en el programa que conduce Paco Oleza. Participábamos Fernando Sánchez Dragó, Enri-

que Miret Magdalena, Antonio Escohotado, Alfredo Tiemblo y yo.

Cenamos en Torre España. Miret Magdalena me propone asistir a unas jornadas de debate religioso en El Escorial. Escohotado bebe aceleradamente y divaga con elocuencia; ha vivido años en Ibiza, dándole al LSD, y hoy defiende la despenalización de las drogas. Tras miles de años de uso festivo, terapéutico y religioso de las drogas —dice—, el tema se ha trivializado, se ha perdido memoria histórica. «El verdadero problema es la clandestinidad y la adulteración». Sánchez Dragó tiene *jet lag*, acaba de llegar de Japón. Sánchez Dragó —ya se sabe— ama los viajes y la aventura, la épica, la escritura barroca; es un hombre que va por la vida intentando ser su propio personaje literario. Alfredo Tiemblo es físico del CSIC y se expresa con moderación. Consumido el tema de las drogas, Escohotado y yo nos enzarzamos en una complicada discusión filosófica.

El programa televisivo, ya digo, resultó deslavazado. Yo expliqué —cómo no— el concepto de lo *retroprogresivo*. Dragó echó pestes del *american way of life*, y citó al gurú Rajneesh: «o meditación o suicidio». Dragó detesta la modernidad; es un puro *retro*. Escohotado se mostró más sosegado frente a la cámara que durante la cena. «La filosofía —dijo— es el saber del sentir; en otras palabras: donde no hay sentir, no hay filosofía». En lo cual no me costaba estar de acuerdo. (Pienso que Escohotado recoge el legado del sensualismo que arranca ya de Telesio. Unamuno, en su *Credo poético*, escribe: «Piensa el sentimiento / siente el pensamiento». Ortega: razón vital. Zubiri: inteligencia sentiente, etc.). Miret Magdalena, que tiene mente de maestro de escuela, trazó sus buenas cuadrículas de católico progre. (Eso sí: practica la meditación zen). Alfredo Tiemblo habló de ciencia, y yo concluí: cada maestrillo va con su librito.

23 de enero

Hoy publica *El País* una crítica de mi libro sobre los griegos. Es una crítica, digamos, distantemente elogiosa. La firma Carlos García Gual —un autor al cual admiro— quien pondera mi estilo literario, mi cultura e, incluso, mi hermenéutica. Es, ya digo, una buena inteligente crítica que yo agradezco. (Por cierto, ¿tendría que mandarle a García Gual una nota de cortesía? Nunca he dominado estas reglas de juego. Tengo entendido que Nabokov ni trataba ni leía a sus críticos; Joyce, en cambio, cuidaba mucho estos detalles). Ahora bien, ¿ha llegado el crítico al fondo de lo que intenta ser mi libro? No estoy seguro. Porque mi libro, tomando a los griegos por pretexto, es un ensayo sobre la condición humana; no es un ejercicio de erudición. Mi libro es un complicado quejido, y eso es lo que me gustaría que advirtiesen los lectores.

28 de enero

De pronto, una idea estimulante amén de ingenua. Recuperar, desde mi actual cota de complejidad y escepticismo, aquella experiencia religiosa de mi adolescencia por la vía de la música sagrada de Occidente. La polifonía del XVI pongo por caso, Victoria y Byrd. De Byrd han grabado los Tallis Scholars, unas misas (*The three masses* se llama el compacto) que son extraordinarias. De Victoria seleccionaría el sublime *Officium defunctorum* (1605) interpretado por el Coro de la catedral de Westminster. Porque es obvio, al menos para mí, que aquí, en esta austera y prodigiosa polifonía, hay *algo*.

Hay, por lo menos, buena parte de mi propia historia.

Veamos. Cuando yo era adolescente y escuchaba esta clase de música en las catedrales (para ser precisos, hélas,

en las iglesias), ocurría que tenía —o creía tener— una cierta *experiencia* de lo sagrado. Allí, a través de unas formas musicales muy concretas, sentía algo real. Algo que no se sabía lo que era, pero que era. En algún momento de la Semana Santa, la escenografía que acompañaba a la música resultaba particularmente eficaz: se iban apagando paulatinamente los cirios del altar —y el altar era la única zona iluminada de la nave— y finalmente toda la iglesia quedaba *in tenebris*. El rito simbolizaba la oscuridad que cubrió al mundo cuando Cristo falleció. El efecto psicológico de las tinieblas iba ligado al fluir casi impersonal del canto gregoriano. Los cirios que se iban apagando salmo a salmo conducían a la «noche oscura del alma», donde no hay ya ni creencias ni esperanza. Es el momento cumbre de la experiencia cristiana.

Lo que sucede luego, la pascua de resurrección, bien que oficialmente sea lo esencial del cristianismo, tiene ya menor interés, demasiada mitología alucinatoria, aunque la significación también sea hermosa, el reclamo de la vida frente a la nada, etc.

El propio Victoria compuso un prodigioso *Officium Hebdomadae Sanctae*, Oficio de la Semana Santa, donde prevalece la hondura del momento trágico, donde lo trágico se resuelve siempre en contemplativo. Escribe Peter Philips, director de los famosos Tallis Scholars: «Cómo Victoria pudo dar cabida a estas diferencias en un lenguaje tan sencillo que apenas toca el contrapunto imitativo, es uno de los grandes milagros del pensamiento musical». Recuerdo aquel personaje de una novela de Huxley que buscaba en un cuarteto de Beethoven la prueba de la existencia de Dios. Aquello era superfluo: el cuarteto de Beethoven, el *Oficio de tinieblas* de Victoria, no prueban la existencia de Dios: prueban la existencia de *algo*, algo en vez de nada, pero también nada en vez de algo, ese trasfondo de oscuridad, tan presente en Victoria y en su contemporáneo Juan de la Cruz. La liturgia cristiana venía en buena parte dedica-